

NICOLÁS ESTEBAN

DIOS

UNA BÚSQUEDA ESPIRITUAL

ES

LIBRE DE ETIQUETAS

GAY

 MELIBEO

NICOLÁS ESTEBAN

DIOS

ES

GAY





DIOS ES GAY

© 2022 Nicolás Esteban

Reservados todos los derechos

Calixta Editores S.A.S

Primera Edición Abril 2022

Bogotá, Colombia

Editado por: ©Calixta Editores S.A.S

E-mail: miau@calixtaeditores.com

Teléfono: (57) 3176468357

Web: www.calixtaeditores.com

ISBN: 978-628-7540-32-3

Editor General: María Fernanda Medrano Prado

Corrección de Estilo: Laura Tatiana Jiménez Rodríguez

Corrección de planchas: Ana María Rodríguez

Maqueta e ilustración de cubierta: Juanita Mogollón @cizy.gd

Diagramación: Juanita Mogollón @cizymogollon

Primera edición: Colombia 2022

Impreso en Colombia – Printed in Colombia

Todos los derechos reservados:

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño e ilustración de la cubierta ni las ilustraciones internas, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin previo aviso del editor.

A todas las personas que ya no están aquí para leer estas letras por nuestra incapacidad como sociedad para reconocer la luz particular que brilla en cada ser humano. Por ustedes, trabajamos para hacer de este mundo un lugar más tolerante, sin tantos prejuicios. A Lucila, gracias por ese amor incondicional. A toda mi familia y amigos, sin ustedes no habría una historia que contar. Y por supuesto a Él.

Gay: proviene del vocablo provenzal «gai» (en castellano gayo, como en La gaya ciencia) y significa gozo o alegría.

Introducción

Las religiones nos hablan todo el tiempo de Dios, de sus múltiples representaciones antropocentristas, pero aun siendo estas tan diversas entre sí, hay grandes limitantes en estas interpretaciones: desde machismo, estereotipos de belleza aplicados a la imagen de Dios, exclusiones raciales y culturales... es como si Dios estuviera haciendo *casting* para una película en Hollywood. La verdad, la innegable verdad, que tenemos ante nuestros ojos es una humanidad tan rica en diversidad que es difícil de categorizar; y aunque a menudo intentamos meter a todos y todo lo que nos rodea en etiquetas para poder llegar a comprenderlo, ¡a diario vemos cosas que nos vuelan la cabeza! Cosas que no entendemos del comportamiento humano, de sus preferencias, de sus emociones. **Creemos que lo hemos visto todo, pero mi todo no será nunca el tuyo ni el todo de alguien más, cada uno de nosotros habitamos espacios compartidos en realidades tan distantes, tan ajenas una de la otra y, a la vez, tan interconectadas para que funcionen entre sí.**

Podemos profesar lo que queramos, creer en lo que escojamos o en lo que escogieron por nosotros, nos puede dar miedo cuestionarnos; créanme cuando les digo que conozco muy bien ese miedo. Es ese miedo a la incertidumbre, a la falta de respuestas, es el que nos mantiene atados a la hora de buscar nuestra propia verdad.

**Creemos que lo
hemos visto todo,
pero mi todo no
será nunca el
tuyo ni el todo de
alguien más,
cada uno de
nosotros
habitamos
espacios
compartidos en
realidades tan
distantes, tan
ajenas una de la
otra y, a la vez,
tan
interconectadas
para que
funcionen entre
sí.**

Cada cultura tiene sus propias adaptaciones de Dios, de la fe, de la

espiritualidad, de lo que está bien y está mal, porque ellos, basados en sus necesidades, le supieron dar una interpretación ‘conveniente’ a su realidad; pero, aun así, en toda cultura, en toda sociedad, hay tantas necesidades dentro de cada individuo que ¿no creen que sería justo poder también buscar nuestra propia interpretación?

Este libro es una recopilación de aprendizajes labrados por las historias, pero no se asusten, sé que la palabra «historia» puede sonar a algo tedioso y difícil de digerir, y más si son como yo, que se aburren cuando las historias se extienden en detalles irrelevantes para comprenderla, prometo que este no va a ser el caso. También prometo que voy a desglosar todo lo vivido para que así, con algo de ayuda celestial, nos demos cuenta de que no existe «mi historia», es «nuestra historia», porque lo que viví –y vivo– también lo han vivido miles de millones de seres humanos, y lo que me ha generado alegría, tal vez también le ha causado alegría hasta al ser más remoto o desconocido a mi realidad.

Dios me quiso gay

Bueno, sin más preámbulos, comencemos. Esta historia empieza con un niño de tres años al que le encantaba jugar con un pequeño pesebre de plástico, de esos que le gustan a las abuelas porque no se desportillan; las figuritas incluían una vaca y un buey –por supuesto, fieles compañeros del ser humano, inclusive en una santa representación como lo es el pesebre católico–; un José, en una versión no tan vieja ni acabada, era como un hípster de nuestra generación, ahora que lo pienso, con su cabello medio largo, ondulado, de tono castaño y una barba que se veía bien cuidada –seguro en aquella época también habrían barberías en cada esquina como hoy–; unos reyes magos, que en sus manos cargaban los tan emblemáticos regalos que le fueron concedidos al recién nacido; una Virgen María, a la que se podía interpretar como una mujer sumisa por su posición, algo encorvada con la cabeza inclinada en símbolo de reverencia –claro que teniendo en cuenta que acababa de parir a un bebé, y no a cualquiera, al propio mesías que determinaría gran parte de la historia los siguientes dos mil años de la humanidad, era de esperarse que estuviera algo acongojada–; y, por supuesto, el tan anhelado niño Jesús, con su cabello castaño claro y con aspecto rozagante, este pesebre era el juguete favorito de aquel niño; pero

esperen, había otro integrante, nada más ni nada menos que otra Virgen María, esta era de porcelana, en un tamaño que doblaba la estatura del mismo José hípster, en fin. Este niño creció en un hogar católico tradicional, nada fuera de lo 'usual': misa todos los domingos, oración a Jesús, a la Virgen María y por supuesto al ángel de la guarda antes de dormir, oraciones en el colegio en las mañanas y, cómo no nombrar, las tan anheladas películas en Semana Santa.

Ahora se preguntarán ¿qué tiene de particular esta historia? Es probable que les transporte a su propia infancia si crecieron en un hogar católico, y si no lo han deducido, ¡sí!, soy aquel niño de tres años. En cuanto a mi pesebre, ya no juego con él, pero estoy seguro de que debe estar en alguna parte de la casa de mi abuela, tal vez en esa habitación a la que con mis primos llamábamos «el cuarto de los juguetes», un palacio que solo un niño como yo, hijo único –en aquel momento–, podría tener en casa de su abuela materna como resultado de una herencia de juguetes generacional y, por supuesto, de un exceso de atención por parte de una abuela y una mamá comprometidas.

Ahora viene la parte 'curiosa' de la historia, y es que, aunque no lo crean, varias personas creían que mi destino iba a ser convertirme en un cura o sacerdote. ¿*Por qué?* Mi mamá cuenta que cuando yo tenía más o menos un año e íbamos a la iglesia, siempre, a la hora de irnos, lloraba de una manera tan profunda y estruendosa que podría despertar a la misma Margarita del Santísimo Sacramento, porque al parecer quería quedarme más tiempo en *la casa de Dios*; también las amigas de mi abuela, unas señoras muy devotas, se sorprendían al ver mi fascinación por la oración a mis cortos tres años.

Recuerdo a la señora Tránsito, vivía a unas pocas cuerdas de la casa de mi abuela y, en la parte de atrás de su vivienda, tenía una pequeña habitación convertida en una especie de capilla o santuario, donde tengo recuerdos de estar arrodillado rezándole a Dios. No me pregunten en qué estaba pensando un niño de esa edad en aquel momento, arrodillado en una base de madera y mirando fijo a una imagen dolida y crucificada del mesías, un profeta al que con todo mi ser consideraba el hijo legítimo de Dios.

En mi bautizo, a mis tres meses, cuenta mi mamá que cuando el padre abrió la pila bautismal y en nombre de Dios derramó el agua bendita sobre mi cabeza, me quedé observando fijamente al cura,

luego le extendí mi pequeña mano y le sujeté un dedo, y el cura quedó fascinado con un niño tan obediente en la ceremonia. Sin embargo, al pasar los años, esto cambiaría, y es que me vería inmerso en una sociedad en la cual las elecciones que tomaría para mi vida no serían del todo bien vistas, y cuando hablo de sociedad, me refiero de puertas para afuera, porque tuve la fortuna, o mejor, fui bendecido con una serie de personas a mi alrededor –que, modestia a un lado, no son poquitas–, entre familia, amigos, primos y hermanos, que han estado para ser mi apoyo paso a paso y, a su vez, por las personas que están leyendo este libro y se sienten identificadas con estas palabras. Porque cuando como individuos cambiamos nuestra forma de ver el mundo, de manera inevitable, todo nuestro entorno se comienza a transformar.

La Virgen María de cerámica que desentonaba con el pesebre de plástico, pero que en mi lógica infantil tenía, de cierta manera, más valor porque era la única pieza diferente en mi colección celestial, se perdió en mi primer día camino al jardín de niños, y de igual modo me iba a ver yo mismo perdido muchos años por ser la pieza diferente del *pesebre*.

Esta introducción no tiene más razones que compartirles cómo, desde muy niño, me fueron abiertas las puertas a la espiritualidad, y ustedes dirán: «ser religioso no significa ser espiritual», y estoy de acuerdo; sin embargo, fue el primer camino que mis anteojeas me permitieron ver e interpretar para acercarme a Dios, eso cuando aún desconocía que el condenado vivía en mí.

EL PADRE, EL HIJO Y EL ESPÍRITU SANTO

Como muchos de mi generación, e inclusive algunos antecitos de nosotros, crecí en uno de esos tan nombrados *hogares disfuncionales*; éramos, más o menos, mamá, abuela y yo. Mamá, como tantas mujeres en el mundo, una mujer – como decimos en Colombia– verraca, soñadora, una de esas mamás por las que se recibe el cumplido «yo quisiera una mamá como la tuya».

Al igual que toda mamá que vela por su hijo sin el apoyo de un marido, la mía no podía estar todo el tiempo conmigo porque tenía que responder con el hogar, así que la abuela cuidaba de mí, me recogía del colegio y me cumplía más o menos cualquier capricho, antojo o deseo; y como a los niños de mi generación era fácil mantenerlos felices con un Kínder Sorpresa, con el muñeco que venía adentro, yo ya tenía toda una tarde de entretenimiento –no era necesaria la última Xbox ni mucho menos.

Por otro lado, papá es a quien le debo mucha de mi habilidad para crear; el hombre es un creativo innato. Nunca viví con él. Aún tengo curiosidad de saber cómo hubiera sido mi niñez si él hubiera estado más presente, ¡supongo que nunca lo sabremos! Así como en la historia de Jesús, el arcángel Gabriel fue a visitar a María para contarle las buenas nuevas del milagro de la vida en su vientre, y milagrosamente se engendraron todos esos dones en el niño que estaba por nacer, supongo que mi papá estaba destinado a engendrar sus dones para que yo fuera lo que soy hoy.

Así como es inexplicable la manera en que se manifestaron el arcángel Gabriel y el Espíritu Santo, les cuento que mi mamá es una mujer que le tiene miedo a la inseguridad, a las lagartijas y a los roedores, y, en general, a una listilla de cosas. Siempre vive algo